

EN distintos sectores de la sociedad, minoritarios pero no por ello menos influyentes, crece día a día la conciencia de haber puesto fin a un período político excepcional, donde todos éramos protagonistas y entre todos concebíamos las más grandes esperanzas. La izquierda, en su conjunto —e inclusive sectores democráticos de la derecha—, representaba, en esos momentos, la única posibilidad de vivencia política con carácter ético, moral, frente al pragmatismo y al continuismo de las fuerzas que trataban de sobrevivir a la descomposición de la dictadura y cuya imagen estaba bastante deteriorada por sus implicaciones y responsabilidades con el régimen agonizante.

La apuesta hacia el futuro cobró limpios y seguros perfiles: la ruptura democrática.

Para estos sectores, el balance que hoy podemos hacer es, sin lugar a dudas, negativo: desencanto, humillación, traición de los partidos de izquierda, crisis de la militancia, pérdida de una posibilidad histórica ya irrecuperable en nuestro horizonte vital. Consecuencia: abstención ante las decisiones políticas o, con frase más expresiva, pasar de todo ello.

Pero no es un pasar indiferente, sino dolorido. Y es muy fácil en esas circunstancias crear las propias autodefensas, evitar la autodestrucción. El mecanismo empieza también a perfilarse con cierta claridad. Otros podrán y deberán analizarlo con más profundidad, pues yo, en la brevedad de este artículo, voy sólo a apuntar algunos de sus elementos.

Destaca, en primer lugar, ese afán por mitificar los años de la clandestinidad. De esos años se recuerda, especialmente, la unidad de toda la oposición, sin esas diferencias y monopolios a veces abusivos de los grandes partidos sobre los pequeños, sin esa también en ocasiones deshonesto competencia electoral. En definitiva, sin ese capitalismo político donde el pez grande monopoliza todos los recursos y se traga sin más contemplación al chico. Se recuerda, también, la solidaridad, esas declaraciones conjuntas, los actos públicos y las manifestaciones unitarias. Ese correr juntos por las calles, esa participación directa, espontánea, en los grandes momentos, en fechas que nos parecieron decisivas —trascendentales, como dirían los del antiguo régimen— y que empezamos a comprobar van cayendo en el olvido y ya nunca pasarán a la Historia oficial, sustituidas por otras más oficiales,

pero menos espontáneas y participativas.

Conviene romper el mito, antes de que cristalice y nos aprisione. Existe un fondo de verdad, como en todo mito, pero también encierra las mismas contradicciones, que si ahora escandalizan más es porque ya no están veladas por la clandestinidad. No todo era tan espontáneo, y bueno sería recordar esos comités preparatorios de

DE LA EUFORIA AL DESENCANTO

LAURA PASTOR COLLADO

huelgas y manifestaciones, esos vetos partidistas respecto a algunas participaciones, esa monopolización de los actos, plataformas unitarias, etc., por parte de determinadas siglas o grupos, esa "capitalización" de cualquier manifestación popular. Y así podríamos multiplicar los ejemplos hasta demostrar cuántas veces esa participación libre, directa y espontánea habría también que matizarla en función de manipulaciones y desviaciones bien planificadas a través de múltiples "correas de transmisión".

Y no cabe pensar en un autoengaño más o menos colectivo, sino porque todos compartimos un objetivo común que aparecía tan grande y valioso en sí mismo como para exigirnos superar esos defectos propios de toda organización, sea cual sea su carácter, y aun cuando en unas pudiera ser más acusado que en otras. Aún no habla hecho su aparición el mito de la integridad y la pureza política.

Pero también creíamos que el objetivo común, negativo en su formulación, de poner fin a la dictadura podría ser sustituido, con ventaja, por el también objetivo común de construir entre todos la democracia, con los mismos deseos de superar posiciones partidistas y forzar la unidad y la solidaridad máxima cuando el avance democrático nos ofrecía también mejores medios de combatir esos defectos de manipulación y de formas antidemocráticas acentuadas por la clandestinidad.

En su lugar, nos encontramos con que, apenas entrevista la democracia, sectores que contribuyeron a abrirle una vía apa-

recen desilusionados. La integridad y pureza de un sistema —el democrático— y de sus principales protagonistas —sobre todo, los partidos políticos parlamentarios— aparecen en entredicho. Y en torno a la izquierda, parlamentaria o no, que ha propugnado el "sí" a la Constitución se pretende crear una imagen de pragmatismo y realismo, pero también de pactos, consensos y otros trapicheos poco honrosos, mientras la izquierda abstencionista, vinculada o no a partidos políticos, se ofrece ahora como el único refugio ético, sin contaminar, sin manos sucias.

Y si es cierto que esta actitud no es sorprendente en ciertos sectores intelectuales y en teóricos de la política, que siempre han sufrido la tentación de situarse en planos inaccesibles a los sistemas corruptores —el compromiso, sacrificador de la libertad individual y la responsabilidad en funciones determinadas, o vía de integración en todas las injusticias estructurales—, cabe preguntarse cómo luchadores en el campo profesional, miembros activos del movimiento ciudadano e inclusive sindicalistas con ya cierta tradición —y no me refiero a los de planteamientos anarquistas— han sido capaces de situarse en el campo abstencionista por valoración ética, considerando que sentarse en las Cortes a pactar con la derecha una fórmula general de convivencia o, desde fuera, aceptar esta fórmula como punto de partida puede ser, de por sí, más humillante, más sucio e inhumano que sentarse alrededor de una mesa para concluir un convenio colectivo que pocas veces, por no decir ninguna, podrá responder plenamente a las esperanzas de los trabajadores.

Y no es que me preocupe, por sí misma, la abstención electoral. Pero sí me preocupa, profundamente, esa raíz individualista que aflora en muchas de estas actitudes, de frustración ante un proceso que nos ha escamoteado nuestra "gran fiesta", nuestra explosión democrática, que nos ha robado nuestro lugar en la Historia, con su fecha, sus héroes, su generación revolucionaria, sus mitos con validez universal, sin anotar en el balance a cuánto podía ascender y quién debería pagar el coste social del proceso. Me preocupa, fundamentalmente, esa inmadurez, trágica inmadurez de algunas personas que, ante unas condenas de muerte, arriesgan su seguridad personal exigiendo la amnistía y, después, pasan indiferentes ante un texto que garantiza el derecho a la vida para todos los ciudadanos.

(*) Secretaria federal de Cultura y miembro del Comité Ejecutivo del Partido Carlista.